

La luna de Tulum

En el camino que llevaba a Tulum, el sol ya calentaba bastante. Era normal para esa hora del día, en un día de agosto. El asfalto, azotado por el calor, seguía hirviendo desde toda la mañana y sembrando efluvios de sudor por todas partes.

Con la frente mojada, Benicio miró el reloj: las tres en punto. Un puñado de minutos y el espectáculo empezaría. Agitado, aumentó la marcha haciendo chirriar las ruedas. El viejo motor retumbó y, cansado, empezó a escupir más humo entrando ruidosamente en la avenida.

Agolpados en los lados, los turistas se apiñaban debajo de cualquier cosa que pudiera hacerles sombra. No podían seguir esperando, así que el mexicano, desasosegado, bajó del coche saludando rápidamente a sus compañeros.

Con seguridad, agarró los peldaños que asían el poste y empezó a subir despacio. En unos minutos alcanzó la cima. A esa altura, el quemazón parecía endulzarse en las caricias de un viento tibio. Sus compañeros lo alcanzaron inmediatamente y en cuanto el quinto apoyó su pie en el círculo, después de un rápido intercambio de miradas, los otros cuatro se lanzaron hacia abajo. Las cuerdas se estiraron anulando el contragolpe y empezó una estridente música. El tono de las notas subía mientras las cuerdas se extendían como rayos. Los voladores¹ empezaron a dar

¹ Los *voladores* son una tradición mexicana consistente en una danza espectacular para agradecer a los Dioses. Un grupo de hombres se suben a un poste de 30 metros de alto, se atan

vueltas ante los ojos de los turistas. Cabeza abajo revolotearon en atrevidas piruetas deslizándose despacio hacia tierra. De repente un ruido, un sórdido ruido y el poste se inclinó.

«¡Benicio se ha caído!» voceó un chiquito corriendo a tontas y a locas.

De pronto, una pequeña multitud se reunió a su alrededor. Lo liberaron rápidamente de su embrague. Estaba vivo pero respiraba a duras penas. Tumbado boca arriba, miraba aquellas formas borrosas sin poder explicarse la razón.

«¡Está vivo!» gritó, radiante, un compañero suyo.

«¡La cuerda se ha deshilachado amortiguando la caída» exclamó otro, mientras abandonaba rápidamente el poste.

Uno a uno, los voladores se acercaron al amigo que los miraba con una cara confundida.

«Benicio, ¿estás bien?»

«Uhm...» replicó sacudiendo la cabeza.

«¡Fuera, fuera, dejadlo respirar.»

«¿Qué estoy haciendo aquí, en el suelo?» preguntó de pronto tratando de levantarse. Despacio se arriesgó a dar algunos pasos, pero una náusea creciente lo obligó a pararse. A duras penas trató de recobrar el aliento. El aire estaba frío como el hielo y, a cada respiro, le astillaba los pulmones.

«¡Es un milagro que no te hayas hecho daño» irrumpió, incrédulo, un amigo.

El mexicano lo miró sin poder ni siquiera replicar.

«¿Estás seguro de que te sientes bien?» siguió el otro, pensativo.

«¡Sí, sí» farfulló mientras volvía a intentar levantarse tímidamente. Sus caderas se arquearon y una difundida atonía

una cuerda a la cintura y se lanzan de cabeza al vacío con los brazos abiertos, girando alrededor del poste.

acompañó sus primeros pasos. Un murmullo de admiración se propagó en la muchedumbre que empezó a dispersarse despacio. El estupor seguía dominando en los ojos de los presentes : Benicio Ramires, hijo de Pedro, el más famoso volador de toda la Confederación.

«De tal palo tal astilla» exclamó un compañero golpeando con la mano su espalda.

«¡Allí arriba alguien te quiere» intervino otro.

Benicio les agradeció con un gesto. Con la cabeza que le seguía zumbando, se encaminó de manera mecánica hacia los templos. La canícula no le dejaba tregua y el sudor le caía abundantemente de las mejillas.

Con paso cansado, empezó a avanzar entre las austeras ruinas de los Mayas dejándose inundar por su fascinación. Era algo raro, pero cada vez que pasaba delante de ellas, sentía la misma sensación, el mismo misterio encantador.

Se paró para descansar unos instantes a lo largo de la cresta que lamía la playa, y luego bajó la senda despacio, seguido por las miradas vítreas de las iguanas. La luz era intensa y sus ojos estaban reducidos a dos grietas, sin embargo podía igualmente entrever el mar. Era vívido, azul y atormentado en la orilla, mientras un perímetro de color cobalto iba alineándose a sus lados. Raptado por su canto, arrastró sus pies parándose delante de la ola, que avanzaba y retrocedía despacio. Un raro sopor le ofuscaba la mente, junto a la náusea que seguía trastornándolo. Con los pies que se hundían en la arena, se paró mirando el mar. El océano aliviaba su dolor abriéndole sus frescos brazos.

Tranquilizado, de repente se quitó la camisa y se zambulló. De golpe el mar lo ató con fuerza a sí mismo, cubriéndolo de espuma y de fragor. Con amplias brazadas se alejó hacia donde

el corazón del mar latía de azul y la ola se tendía en exceso. Nadaba dejándose guiar por el instinto y poco a poco, sin darse cuenta, se encontró mar adentro. El dolor había desaparecido detrás de las frescas caricias del viento y, satisfecho, se paró un momento para descansar. Mirando hacia arriba, se vio grande en la inmensidad azul del cielo, luego, de repente, giró la cabeza sin poder entrever nada. Un escalofrío recorrió su espalda agrandando su soledad. Nunca se había alejado tanto. Por instinto arrojó sus brazos hacia el agua, abofeteándola varias veces y en vano. El aire se había vuelto pesado y ni un ave revoloteaba en el cielo. Nadie lo vio volver, ni siquiera las iguanas, que, a los primeros reflejos de la puesta de sol, habían abandonado la orilla. Hundido en el silencio, había intentado volver, pero los calambres lo habían parado. Así, con las extremidades dormidas, se había dejado flotar boca arriba, confiando en la bondad del mar.

«¡El océano es mi hermano» murmuró en voz baja mientras el cielo se cubría de estrellas. El aire se había vuelto más terso y los escalofríos se agigantaban por su espalda.

Cansado, puso su mirada sobre esa chispeante arena cósmica, que muchas veces lo había encantado, tratando de aplacar la tensión. Conocía bien el mar y sabía que, a veces, podía ser cruel, pero en ese momento no podía pensar en esas cosas.

«¡Tranquilo» siguió murmurando intentando darse ánimo. «Tarde o temprano alguien vendrá a buscarte.»

Hundido en la noche, vislumbraba la luna que le tendía sus brazos. El océano se disponía a darle espacio reflejando su rostro en miles de espejitos vanidosos. En esa estela etérea y argétea, su cuerpo se acunaba en poder de la corriente.

«¡Podría empujarme hacia el golfo o llevarme inexorablemente a mar abierto» pensó esperando divisar una luz.

Con los ojos blanqueados por la luna, intentó herir la noche en vano. Las pupilas, cansadas, reclamaban descanso y la fatiga escalaba sus pensamientos.

De repente le pareció oír unas voces y se volvió por instinto.

«¡Benicio, ven aquí, están los mariachis!» exclamó su abuela mientras una música alegre lo envolvía.

«¡Cielito lindo...!» prorrumpió, asombrado, y el mar también pareció danzar a ese recuerdo, luego, un ruido sordido y repentino lo hizo sobresaltar. Con aire incierto se miró alrededor varias veces sin poder entrever nada. La brisa nocturna peinaba la tranquila superficie del mar, arando delicadamente su pelo.

«¡Tengo que permanecer consciente!» exclamó irguiéndose en un sobresalto.

Con aire decidido, apretó los dedos hinchados de agua mostrando el puño a su destino.

«¿Qué diablo habrá pasado?» se preguntó, pensativo. Durante mucho tiempo, oteó el mar con la mirada, cansando aún más la vista. De repente la idea de que ya no estaba solo le daba miedo. Preso de una creciente agitación empezó a golpear el agua pero sus piernas, agotadas, cedieron de golpe.

Durante algunos minutos no oyó ruidos aunque su oído se había hecho más agudo. Sólo podía oír el hálito de la ola que se propagaba despacio en la superficie. Sin darse cuenta, se hundió en un brevísimo sueño, hecho de luces y de silencios tenues. Los instantes se dilataron como siglos y pareció que su mente se relajara, hasta que, de repente, la hamaca vibró.

Por instinto, se agarró a sus mallas para no caerse.

«¡Papá! Despierta! Vas a llegar tarde!» exclamó sonriendo su hijo, empujando delicadamente la hamaca.

«¡Manolito! ¿Qué hora es?» prorrumpió con aire confundido.

«¡Las tres menos cuarto.»

«¡Caray, es muy tarde.»

Corriendo, se dirigió hacia el armario, y sacó los trajes uno detrás de otro. De manera agitada, empezó a ponérselos nerviosamente y, decidido, llegó al viejo escarabajo. Intentó arrancarlo varias veces hasta que el motor retumbó. De repente cerró la puerta enfilando la carretera.

En el camino que llevaba a Tulum, el sol ya calentaba bastante. Era normal para esa hora del día, en un día de agosto. El asfalto, azotado por el calor, seguía hirviendo desde toda la mañana y sembrando efluvios de sudor por todas partes.

Con la frente mojada, Benicio miró el reloj: las tres en punto. Un puñado de minutos y el espectáculo empezaría. Agitado, aumentó la marcha haciendo chirriar las ruedas. El viejo motor retumbó y, cansado, empezó a escupir más humo entrando ruidosamente en la avenida.

Agolpados en los lados, los turistas se apiñaban debajo de cualquier cosa que pudiera hacerles sombra. No podían seguir esperando, así que, desasosegado, el mexicano bajó del coche saludando rápidamente a sus compañeros. Con seguridad, agarró los peldaños que asían el poste y, un instante antes de subir, se paró de golpe y empezó a examinar la cuerda.

«¡Ánimo! ¿Qué estás esperando?» preguntó un compañero suyo desde lo alto del poste. El volador no le hizo ni caso, y, escrupulosamente puso la mirada sobre cada metro de cuerda hasta que entrevió un desgarró fino. La apretó, vacilando, y de golpe se dejó caer al suelo. De pronto la cuerda se extendió partiéndose.

Benicio cayó rodando más veces en la arena. Con las extremidades adormecidas, se levantó despacio y una risa maliciosa se deslizó en su cara.

«¿Cómo diablo lo sabías?» gritó su compañero incrédulo delante de los muñones de cuerda.

El mexicano lo miró fijamente sin poder decirle nada. Permaneció en silencio observando la luna que tímida se iba escondiendo detrás de los templos. Recordó los mitos antiguos, las increíbles premoniciones que los sacerdotes Mayas lograban traer con su aparición y de repente entendió.

Con una mirada benévola, siguió recorriendo la cara de la luna que, sutil, blanqueaba el cielo de las primeras horas de la tarde. Se quedó mirándola durante un rato, luego le sonrió dulcemente agradeciéndola con una seña de la cabeza.